

JUAN ANTONIO  
MASOLIVER RÓDENAS

EL CIEGO  
EN LA VENTANA

MONOTONÍAS

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2014 by Juan Antonio Masoliver Ródenas  
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, *collage* de Nito Masoliver Ródenas a partir  
de *El combate entre don Carnaval y doña Cuaresma* (1559)  
y *La parábola de los ciegos* (1568), de Pieter Bruegel el Viejo

ISBN: 978-84-16011-23-0  
DEPÓSITO LEGAL: B. 17 871-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## PRÓLOGO

Mi encuentro con Juan Antonio Masoliver casi me ha hecho retroceder y olvidar la entrevista. El año pasado, por estas mismas fechas, tal vez unas horas más tarde, me lo había encontrado en el Jockey Bar de la calle París, donde suelo reunirme con Cristina Fernández Cubas. Casi no había cambiado desde que decidió regresar de Londres e instalarse en el Masnou: un hombre con pinta de noble pajarraco, elegante y desgarbado, agudo y eufórico frente a su nunca vacío y por siempre renovado vaso de whisky. Hablaba y te incitaba a hablar, te daba la razón, te la quitaba, cambiaba de tema cuando le convenía, te recomendaba los cinco o seis libros que había leído aquella semana mientras lamentaba el estado de la literatura. Su vitalidad era contagiosa y agotadora; su memoria, apabullante, y seguía manteniendo el aspecto de alguien que si no cultiva el deporte no es porque no esté en forma sino porque lo desprecia.

Me abre la puerta y me cuesta reconocerlo: los botones de la camisa mal abrochados, la bragueta abierta, en zapatillas, mal afeitado, y con restos de comida en la pechera y en la comisura de los labios. Sigue siendo el pajarraco de siempre, pero ahora un pajarraco si no de la mala suerte sí abatingido por la mala suerte. Algo tiene que haber ocurrido en su vida para perder aquella seguridad que sus enemigos llamaban arrogancia, aquella simpatía hacia sus enemigos falsa y empalagosa, aquella locuacidad, para sus rivales retórica, o pomposidad porteña. Más que hablar, balbucea. No me ha reconocido ni ha hecho esfuerzo alguno por disimularlo. Pero cuando le menciono a Fernández Cubas se le llenan

los ojos de lágrimas. Ignoro la razón. Con Cristina me emponzoño de whisky todos los viernes, de ocho de la tarde a cuatro de la madrugada, y nada en ella hace llorar si no es de risa. Porque si nos vemos es precisamente para reírnos de los que se lo merecen, que son muchos. Precisamente, fue Cristina la que me dijo: «¿Y por qué no entrevistas a Masoliver? Te lo agradecerá. Está pasando un mal momento, él creía que al regresar de Londres todo serían honores y reconocimientos, pero se le ha seguido ignorando, cuando no despreciando». Me pareció una buena idea. Por suerte, Masoliver ha publicado poco, y repasar su trayectoria literaria me iba a llevar sólo unos días. En cuanto a sus casi cuarenta años en Londres, él mismo se encargaría de contarme lo que le pareciera más interesante. Lo consulté con *La Vanguardia*, periódico en el que él había colaborado regularmente como polémico crítico literario, resentido para algunos por su falta de éxito como novelista y poeta, elitista para otros, como si en lugar de vivir en un suburbio de Londres hubiese estado dando clases en Oxford como Javier Manías o Jordi Doce. Pero también admirado por su olfato («¡Y no se huele a sí mismo!», decían sus enemigos) a la hora de descubrir nuevos talentos y de reivindicar autores olvidados o injustamente valorados; por un tono personal que convertía sus reseñas en obras de creación, en minirrelatos o macrorrelatos, según el espacio que le concediese la publicidad (más anuncios de cava, de ropa interior, de novelas para grandes almacenes, de mujeres que lo hacen todo por casi nada); por su capacidad de comunicar con cada lector a pesar de que cada lector es un mundo, y de olvidarse—a la hora de comentar un libro—de autores y editores. Pero hubo una campaña de difamación que si no le hundió para siempre sí le llevó a ver el mundo de otra manera, más incómoda para los demás y quién sabe, por lo mismo, si más cómoda para él.

Apenas regresar de Londres, se sintió tan libre que escribió una carta a su mujer (el placer de la carta frente a la inmediatez del correo electrónico) para decirle que se separaba de ella para siempre. Abandonó la universidad sin dar explicaciones a nadie. Y, con el propósito de empezar una nueva vida, dejó también todos sus libros y hasta intentó borrar de su memoria los poemas que recordaba desde sus años de colegial. Regresaba a Barcelona no para recuperarla, dijo en una entrevista, sino para descubrirla, como se descubren las ciudades exóticas. No le gustó la ciudad. No le gustó su gente. No le gustaban los perros. Detestaba el ruido. Sólo le gustó una muchacha rubia que aceptó encerrarse con él en una torre del Masnou, que es la casa sorprendentemente ordenada, con libros en lugar de paredes, con una terraza en la que las copas de los pinos parecen acariciar el mar y con un campanario con campanas de las de entonces. Ésta es la casa tan familiar para mí en la que me recibe este hombre encorvado, de manos y labios temblorosos, mal afeitado, con un vaso que se lleva constantemente a la boca, con los dedos manchados por la nicotina y con unos ojos quemados por la luz o por el exceso de lecturas. Su voz es, sin embargo, firme y, me doy cuenta desde el principio, está llena de desprecio hacia sí mismo cuando no, simplemente, indiferencia, como indiferente se muestra hacia el mundo que le rodea. No, no le molestan las entrevistas, me dice. Tampoco mi belleza. Mi cabellera rubia. Mis ojos delicados. Mi voz suave, casi inaudible y sin embargo nítida. E incluso, si no es atrevimiento... Pero se detiene, mueve la cabeza.

—Todo me recuerda al único verdadero amor de mi vida.

—Usted sufrió mucho en el amor.

—Todos sufrimos mucho en todo. Y los que no sufren, hacen sufrir. Y, por favor, no insista en el pasado. El pasa-

do, con el tiempo, se convierte en pura invención, de modo que todo lo que de veras ha ocurrido ha dejado de ocurrir.

—Pero usted ha hablado mucho de su pasado.

—¿Y por qué me tratas de usted precisamente ahora? ¿Para aumentar mi irritación? De mi pasado no he hablado ni mucho ni poco: he hablado lo suficiente. Y también lo que hablé es pasado, es pura ficción sin imaginación, un continuo engañarse. Y, paradójicamente, mi escritura que parece la más auténtica (las malditas niñas orinando, los malditos niños jugando día y noche en el jardín de su casa, los cuadros de Villà, la señora Rosa y la señora Tecla y la señora Ballester, el maestro viudo y el músico sordo, los masturbadores, las tetas en la luz, las nalgas en el espejo, el ciego en la ventana) es la más engañosa. No me hagas hablar de la memoria, por favor.

—¿Cuándo empieza su presente?

—Curioso que mi presente tenga ya pasado. Empezó y sigue empezando con Sònia. No te ruborices.

—Es incredulidad.

—Aquí yo parezco el protagonista, pero la protagonista eres tú. Sin ti no hubiese escrito nunca sobre el presente. Y sin embargo, insisto, todo es presente, sin presente no hay pasado ni hay futuro, y el pasado fue presente y el futuro será presente. ¿Recuerdas lo que dijo Gonzalo Celorio, que la nostalgia ya no es lo que era? Pues bien: la nostalgia es un espejismo contra el que tendríamos que combatir como don Quijote combatía contra los gigantes.

—Usted tiene fama de misógino y basta con leer uno de sus libros para confirmarlo.

—No soy misógino. Soy misántropo. Yo de la mujer lo he elogiado todo. De la desnuda y de la vestida. Desde la que está encerrada en un convento hasta la que vende su cuerpo en las nauseabundas calles de Barcelona, en la rue Saint

Denis de París, en la vía Gramsci de Génova o en las carreteras de la Costa Brava. Mira mi biblioteca: sólo leo a mujeres o a hombres que escriben como si tuviesen una concha entre sus muslos. He amado mal, pero no he detestado a ninguno de mis amores. Y ahora amo a una mujer que me descuida porque así quiero vivir yo, descuidado y sin cuidados. Tal vez es cierto que no quise a mi madre antes de quererla. Y que desprecio a muchas mujeres como desprecio a muchos hombres. Pero no los desprecio por hombres o por mujeres. No, no soy misógino y si lo fuese tampoco importaría demasiado. Lo que yo pueda ser no cuenta nada.

—Entonces, ¿cómo se deberían leer sus libros?

—Como están escritos.

—¿Y su obsesión por los culos, por el pubis, por los pechos...?

—Llámalas tetas. No, no son una obsesión. Son una presencia y un homenaje. Desnudar la belleza es un homenaje. Y una obligación. ¿A ti te parece que es un insulto decirle a una mujer que tiene vagina?

—Yo sólo repito lo que han dicho los críticos.

—Los críticos han dicho muy poco y supongo que no necesitas leer a ningún crítico para entender un libro o, incluso sin entenderlo, para saber si te gusta o no te gusta.

—Masoliver, usted...

—No me llames Masoliver. Me llamo Tono. Te acordarás de cuando firmaba «Juan Antonio Masoliver Ródenas». ¡Qué pedantería!

—¿Por qué «Tono»?

—¿Y por qué «Masoliver Ródenas»? Precisamente quería decirte que no puedo hablar de mis libros porque todo lo que he escrito ya no existe.

—Para usted.

—No me sigas tratando de usted.

—Es una entrevista...

—Nadie merece ser tratado de usted. A no ser que quieras distanciarte de esa persona. Camarasa es un usted.

—¿Camarasa?

—Es un ejemplo. Camarasa sí que habla de los libros que escribí. Habla de lo que fui, no de lo que soy. Y habla de lo que fui porque no sabe nada de lo que soy, aunque cuando lo sepa seguirá hablando mal.

—¿Te preocupa?

—¿Por qué habría de preocuparme? Que hablen bien o mal de mí, o que no hablen, no cambia nada. Mis libros siguen siendo los mismos. No se trata de hablar de los libros para opinar. Se trata de leerlos y luego opinar o no opinar.

—Pero ¿por qué desprecias lo que has escrito?

—¿He dicho desprecio? No, yo del pasado no desprecio nada, porque ya no me pertenece. Mira, yo regresé a Barcelona creyendo que allí iba a recuperar todo lo que abandoné. ¡Lo que abandoné voluntariamente! ¿Por qué quería recuperarlo? ¿Para qué? Me encontré con otra ciudad pero en realidad era la misma, porque seguían y siguen irritándome las mismas cosas.

—Y esto explica que hayas decidido vivir en el Masnou.

—Aquí hubo un espejismo. Yo me había inventado un pueblo a mi medida con un mar a mi medida, leía a Homero, a Cavafis, a Montale, a Espriu. Sí, inventé veleros donde sólo había un agua cenicienta que hería los ojos, inventé sirenas donde sólo había focas, e inventé calles de arena, merenderos, rotondas, amigos y enemigos de los que en realidad sólo recordaba el nombre. Mejoraba sus vidas o las hacía más detestables. Y apenas regresar de Londres, paseaba bajo el sol del Camino Real buscando las cosas que tal vez existieron, los niños que espiaban conmigo en las casetas de baño, pero no conocía ni reconocía a nadie.

Me sentaba en La Calandria a celebrar y a ser celebrado. Tuve que ir al cementerio a buscar a mis amigos de entonces y que en realidad jamás volvieron a ser amigos. Y poco a poco me fui reclusando en esta casa que tiene varios dones: esta terraza con sus pinos y su mar, ahora sí con los veleros de la burguesía y sus barcos que salen del puerto de Barcelona, no, ya no son barcos de pasajeros, son cruceros, con el dinero cambia todo, ojalá volviéramos a ser todos pobres. Si me preguntas de dónde soy, te diré que de esta torre. He sido de Italia, de Dublín, de Londres, de México, no de mi infancia. He sido lo que yo me he ido haciendo, la libertad que he ido consiguiendo, los libros que he ido escribiendo para aprender a escribir como creo que empiezo a aprender ahora. Con Sònia como protagonista absoluta, pues es ella la que me ha abierto las puertas a este presente en el que he dejado de creer en todo para empezar a creer de nuevo. Y aquí he encontrado otra vez a la niña que buscaba y a la mujer desnuda abrazada de miedo y soledad delante del espejo, y este mar que está en tus ojos como aquel mar genovés en el que creí encontrarte, como aquel mar de Rapallo en el que te he reencontrado.

—Esto cada vez se parece menos a una entrevista.

—Es una forma de hablar como otra cualquiera, ¿no crees?

—¡De hablar de ti!

—¿Puedo contarte un secreto?

—¿El de todos los días?

—Sí, pero más secreto.

—¿Más secreto todavía? Oye, no hemos hablado de una cosa. Si reniegas del pasado y de todo lo que has escrito en el pasado, ¿qué estás escribiendo ahora?

—¡Lo que estás leyendo! Y lo que voy a escribir a partir de ahora para que me vayas leyendo. Monotonías...

—¿Por qué Monotonías?

—De alguna manera hay que llamar a lo que no tiene nombre y antes de que otros se lo pongan. Antes de que las definan como epigramas, aforismos, epifanías, greguerías, etcétera. Por un lado hay algo de monótono, porque apenas si hay construcción literaria, son frases porque no pueden ser simplemente palabras. No quieren confundirse con el minicuento porque eso no existe. Los cuentos son siempre cuentos, por mucho que se empeñen los otros cuentistas, es decir, los malos escritores incapaces de escribir un cuento, o los críticos y académicos que necesitan añadir a lo que hacen un tono de originalidad. Ellos no pueden escribir ficción pero pueden encontrar definiciones que luego se pueden desarrollar como tesis doctorales. Han sido capaces de inventar lo que no existe sin más imaginación que la que podríamos llamar imaginación académica. Ya sabes a qué me refiero.

—No del todo.

—No importa. Hablemos de las monotonías, ya que me lo has preguntado. Son tonías porque son de Tono, es decir, mías. Y ya conoces mi tendencia al ingenio. El ingenio es una retórica como otra cualquiera, es lo opuesto del genio, detrás del ingenio hay muy poco.

—No todas me parecen simplemente ingeniosas.

—¿Cómo lo sabes si no las has leído?

—Te conozco. Y además he leído tu última poesía...

—Sí, es cierto. La realidad de mi cuerpo, de los años que pasan sobre mi cuerpo, ha teñido de luto mi ingenio. Además, ya que carecen de desarrollo he tratado de que no carezcan de estilo. Por eso se llaman monotonías y no monótonas, son como sinfonías o como variaciones sobre un mismo tema.

—¿No te parece un título poco atractivo? ¿Poco... digamos poco título?

—Me parece que es lo que son, y ya el mismo título es una monotonía. Algo que sugiere lo oculto sin revelarlo, que revela lo oculto sin que por ello deje de ser oculto, misterioso, no dicho, incluso cuando parece que se ha dicho todo. Además, no entiendo muy bien por qué me preguntas esto. El título se te ocurrió a ti. Ya sabes que a mí me resulta muy difícil encontrar un título para mis libros, pese a que todas las semanas pongo títulos a mis reseñas. *Retiro lo escrito* me lo sugirió Margo Glantz...

—Era ya una «monotonía» dentro de una novela que no es novela.

—Sí, pero no la vi como título y Margo Glantz sí. *La sombra del triángulo* me lo sugirió Augusto Monterroso. Y *Sònia* ¡qué te voy a decir!

—La verdad es que no sé qué te he sugerido yo o qué inventas que he sugerido. Estoy confundida. Esta misma entrevista, ¿quién la está escribiendo? A ti siempre te ha encantado escribir entrevistas imaginarias.

—Lo aprendí de Monterroso. Sus entrevistas reales parecían inventadas, tenían todo el valor de un género literario. Te estoy hablando, sobre todo, de *Viaje al centro de la fábula*. La verdad es que no importa mucho quién hace la entrevista. Aunque no entiendo muy bien esta historia de la camisa mal abrochada, la bragueta abierta, que balbuceo al hablar, tu sorpresa al encontrarme después de tanto tiempo...

—Me gusta imaginarte así, es así como te veo cuando te leo. Y además, de alguna manera tiene que parecer que soy yo quien te entrevisto, que no te lo estás inventando todo tú.

—Es un ejercicio muy saludable, deberíamos repetirlo.

—Dependerá de muchas cosas.

—O de una sola.

—Exacto, o de una sola.